

¡ADELANTE!

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

DIRECTOR PROPIETARIO: FRANCISCO A. JIMENEZ MARTINEZ.

Precios de Suscripción:

En Yecla: 0'30 ptas. al mes.
Fuera: 1'75 » trimestre.
Pago adelantado.

Número suelto

10

centimos.

Se publica cuatro veces al mes

ADMINISTRACION: FORTE, 2

AÑO II

YECLA 20 de Agosto de 1927

NÚMERO 62

Reportajes yeclanos

De la Yecla nueva

Por J. Giménez Roses

La tarde pesadamente bochornosa, agobiadora, apenas debilitados los ardorosos rayos del sol agosteoño, nos empuja a buscar la sedante caricia del aire del campo y a extramuros de la ciudad polvorienta y calcinada, dirigimos piano nuestros pasos.

Meses hacía que no pasábamos por la calle del Maestro Mora, y al desembocar del poblado por ella, nos sorprende extraordinariamente el ajetreo febril de una legión de albañiles que, entre cánticos y gritos, levantan apresuradamente paredes de nuevos edificios; carros enormes cargados de piedra y yeso; haces de cañas secas; montones de ladrillos; piladas de teja francesa por doquier y en todo, un movimiento de fiebre y de trabajo que sorprende y admira y atrae la atención del cronista.

Bordeando la rua citada, una veintena de casitas de una sola planta, varias a punto de ser terminadas, ofrecen al curioso el agudo contraste del rojo violento de sus tejadillos, con el blanco de las fachadas—llama en el cerebro y serenidad en el rostro—y en lo que antes eran miserables tierras de pan llevar, va naciendo, al conjuro del trabajo, saludables cunas rientes acogedoras de modestas familias, edificaciones que van llenando poco a poco con simpática humildad el vacío inmenso y palpitante en el problema de urbanización y salubridad yeclana.

Estas humildes y risueñas casitas de sangrantes caperuzas por tejados, al reverberar los cegadores rayos de este sol agosteoño en ellas, parece que lanzan al espacio la frase sentenciosa que Víctor Hugo pusiera en boca de un abate de la Edad Média.

«Esto matará a aquello» y en la jocunda alegría de estas casitas casi de juguete, pero cómodas, capaces y nuevas, hay un reto a la inmundicia y vieja aglomeración de edificaciones troglodíticas que se amontonan y se apiñan en las estribaciones del cerro del Castillo yaciendo en un sueño estático de siglos sin que, el soplo de renovación, haya podido desperpezarlas para remozarse, pulirse, limpiarse y modernizarse. Sobre

un montón de cascotes, dando al sol su frente espaciosa coronada de negras crenchas, la figura magra y exigua del propulsor de esta fiebre constructiva, contempla satisfecha su obra y, cual un bravo capitán ordenando imperioso y seco la maniobra desde el puente de su buque, él también, desde la altura de ese montón de pedruscos—puente de su nao—ordena imperioso y certero la maniobra de su gente que, solícita y obediente, va secundando sus órdenes, a ensalmo de las cuales, van surgiendo de la parda llamada sin cobijo, las blancas casitas de rojos tejados, ideal de posesión de las modestas familias trabajadoras.

Nuestra presencia corta por un instante su atención y a nuestro encuentro, acude presuroso saludándonos con efusiva cordialidad nacida de aquellas horas locuelas y dulces de la infancia y enlazando su brazo con el nuestro, nos empuja con suavidad al interior de una de estas viviendas en construcción y nerviosamente, con ciertos baluceos infantiles mezclados con rotundas y gráficas frases, empieza a explicarnos su labor.

Hay tal vehemencia en sus palabras, tal rapidez en sus pensamientos tal energía en sus afirmaciones, que llena de admiración nuestro espíritu al observar la gran potencialidad espiritual que encierra la enteca consistencia de este hombre pequeño y magro—nervios y fibras—que se agranda a nuestros ojos a medida que habla y habla con seguridad de convencido.

Sus palabras nos surgiere la idea de *confesarlo* para un reportaje de «¡ADELANTE!» juzgando de antemano interesantes sus manifestaciones y a un que en principio se obstina en negarse, al fin, Martín Martínez Ibáñez, el arrojado constructor de casitas saludables cómodas y baratas, se decide a decirle al modesto reportero de «¡ADELANTE!» algo, sus luchas pasadas, de sus propósitos presentes, y de sus sueños del porvenir.

Escuchad.

TEMAS VERANIEGOS

EL BOTIJO

Amable botijo mío,
que apagas esta sed mía:
tu recuerdo me extasia
por el agradable frío
que produce tu agua fría.

Con tu figura simétrica,
pareces serio y enfático,
pero nunca eres apático
si un sediento, con voz tétrica,
pide un recipiente acuático.

Tu, con agua de la mina,
del pozo... ó de la cocina,
consuelas al peregrino,
aunque alguno, se adivina
que en vez de agua, quiere vino.

El calor no me sulfura
con tu presencia segura;
y, oh botijo, te aseguro
que a mí ya nada me apura
si tu contenido apuro.

Por tu construcción de barro,
alguien dice que eres charro
y hasta desprecia tu chorro,
mas yo, con gusto, te amarro
y tu agua me bebo á morro.

Los calores que me dan,
bebiendo agua tienen fin;
por esto tu eres mi afán,
que si el sudar no es buen plan,
con un botijo... ¡lá mi plín!

FONTANA

Prosas inoportunas

Relojes parados

La vieja mansión aristocrática que antaño sintiera bullir entre sus muros toda la efervescencia de la vida yace hoy desierta y solitaria. El silencio ha puesto su infinita tristeza sobre el señorial empaque de los amplios salones abandonados.

Ricos muebles en desorden; en un rincón el clave se oculta melancólico, esperando inutilmente los dedos de nieve que otros días arrancaron de sus teclas tantas románticas pavañas y gavotas. En un estante libros de Becquer, de Zorrilla, de Campoamor y en el testero, presidiéndolo todo, entre unas cuantas litografías y algunos daguerreotipos amarillentos, el retrato al óleo de una encantadora madamina de miriñaque y ahuecados bucles en cuya mirada realizó el

pincel el milagro de dejar inmóvil el prestigio de un momento que huyó en el éxodo de las horas hacia la eternidad....

Y en esta vieja mansión aristocrática en que todo, hasta sus mas mínimos detalles, sumergen nuestro espíritu en la obsesión alucinante del tiempo que pasa para no volver, nada impresiona tanto como estos relojes que de trecho en trecho encontramos al recorrer sus estancias sombrías.

Un reloj en el comedor, otro en el despacho, otro en el primer descanso de la escalera, otro en el salón... relojes por todas partes. (¿Qué encantos sugerirían estos artefactos a las almas de nuestros abuelos?)

Todos ellos están parados. Ya no giran sus manecillas marcando horas de placer o de dolor, y el péndulo que tantas veces coreó con su monótono *tictac* risas y llantos, permanece en quietud sepulcral, uniendo su silencio al silencio general que se yergue sobre toda la casa.

¡Relojes! ¡Viejos relojes inmóviles de las viejas mansiones 'hidalgas! ¿En qué hora y en qué día cesasteis de latir al ver para siempre? ¡Relojes! ¡Que triste y al par que grato es contemplar vuestras saetas cansadas y vuestros péndulos silenciosos! ¡Cuan dulcemente a vuestra vista se desprende nuestra alma de la vida presente para unirse en estrecha comunión con la que vosotros me disteis en pretéritas horas! No, no mereceis el reproche que os dirige, Bandelaire.

Hortage, dieu sinistre, effrayant, impassible no sois siniestros, sino amables y cordiales; no es espantosa vuestra contemplación sino inefablemente melancólica; no sois impasibles, vosotros que quedasteis sin vida cuando la vida huyó de vuestros señores ¡Relojes! ¡Viejos relojes inmóviles de las viejas mansiones hidalgas...!

Ha terminado mi visita. Al salir a la calle, un automóvil que cruza veloz me despierta de mi éxtasis y, quieras que no, me incorpora a la vida actual. Dirijo mi última mirada a la vida de antaño que queda encerrada en la vieja casona. Una nube de polvo me impide ver los heráldicos garabatos del blasón.

Francisco A. Jiménez

